



En Esta Casa de Enfermos de Jorge Velasco Mackenzie

VIVIANA CORDERO ESPINOSA

ILUSTRACIÓN: SOBRE IMAGEN DEATH TO STOCK

Q

ue la necesidad de fortalecer la composición de diálogos, lo lleve a uno a la escritura de dramas es una original manera de incursionar en un nuevo campo de la Literatura. Así lo confiesa Jorge Velasco Mackenzie (1949-2021). De ese ejercicio emerge, reluciente, En esta casa de enfermos, obra que alcanzara el primer premio en el IX Congreso Nacional de Obras de Teatro, organizado por la Municipalidad de Guayaquil en 1983. Y sin sobrevalorar los hechos de los Concursos y los Premios, entremos a comentar la médula de En esta casa de enfermos.

A la luz de la célebre pregunta del alemán Lessing: "¿Para que el amargo trabajo de la forma dramática? Para que el edificio del teatro, el disfraz de hombres y mujeres, la tortura de la memoria, la reunión de toda la ciudad en un solo lugar, si yo, con mi obra y su representación, no quiere lograr más efecto que alguna de las emociones de un buen cuento, leído por cualquiera en un rincón de su casa, puede producir...?" Vale replantearse la situación del teatro

ecuatoriano, ya que, como ésta, las obras nacen para envejecer el arte dramático, al que solo se incorporan cuando son representadas.

Interesante, ambiciosa la obra de Velasco Mackenzie, pero solo será teatro cuando la veamos en escena. (Y eso que admito —con Aristóteles— que una auténtica tragedia puede producir catarsis únicamente con su lectura).

Pero en el caso de *En esta casa de enfermos* no se trata de una tragedia sino de un drama intelectual, como le he bautizado, en el que se enfrentan dos gigantes de la narrativa ecuatoriana, convertidos en personajes, con la carga de sus problemas individuales y sus conocidas posiciones ideológicas: Joaquín Lara y Pablo Palacio. El primero, amarrado a su invalidez, pero ardiente en su combatividad política; el segundo, conviviendo con sus fantasmas interiores y derramando esa penumbra lúcida de su premonición de la vida.

Los dos se encuentran en “una casa de enfermos” que no es otra cosa que la Historia, en la que ya están incluidos, zarandeados por la posteridad que ha sometido a juicio sus vidas y obras; como dice, agotado, Palacio: “cada día es más difícil vivir en esta casa de enfermos. Somos producto de las pasiones...”

Del choque verbal de los escritores, del antagonismo de sus posiciones, pasamos a ver representadas sus respectivas obras. No podía ser de

otra manera si de un texto dramático se trata. Gallegos revela incompreensión y burla cuando dice: “Préstame a una de tus dos mujeres”; Palacio, dolorosa reciedumbre cuando repone: “La doble fue en verdad mi única mujer... fue real por ella estuve en el olvido, por ella estoy aquí, en esta casa de enfermos”. Así, con recurso brechitano, anuncia al público la adaptación de su cuento “La doble y única mujer”, lo mismo ocurre cuando le toca a Joaquín Gallegos Lara anunciar la representación de su relato “Mataburro”. Para entonces los autores se han convertido público y luego en jueces de sus respectivas obras.

Las dos adaptaciones que figuran en medio del texto de Velasco son fieles a las obras originales; se respetan los temas, el estilo (hasta la sintaxis especial de las hermanas siamesas) y los personajes. Fácilmente el espectador que ha leído los cuentos en mención puede identificar los mundos literarios de los autores: el mundo escindido, opresivo, en el cual las dos (o muchas) facetas del ser humano se muestran concomitantes a la visión oscura y profunda de Pablo Palacio.

En la adaptación del cuento “Mataburro” afloran las preocupaciones de Gallegos: el zapatero borrachín y militante que es separado del Partido por culpa de su vicio, debatiéndose en una simbólica mirada azul sobre la realidad; incomprendido por los dirigentes intelectuales, abandonado en



el conflicto de elegir y luchar hasta conseguir ver todo rojo “como el amanecer de las revoluciones”.

Después de cada uno de estos espacios de ficción dentro de la ficción, Palacio y Gallegos retoman sus voces para juzgarse mutuamente. Gallegos es duro, inflexible e irónico frente a las torturas interiores del compañero: “Nada de arrepenimientos, quien se arrepiente no está en la historia, no está en esta casa de enfermos”, defiende la integridad y la pureza del pueblo mientras arremete contra las contradicciones del intelectual, aunque termina admitiendo que en la vida siempre hay algo que no está terminado (¿Una tarea? ¿Un compromiso? ¿Una obra literaria?).

Luego de la obra de Gallegos, en cambio Palacio opina que es “alentador, ejemplar, cansado, aburrido, mentiroso (porque) nadie se vuelve loco por beber trago”, es decir, el Realismo es falso e incompleto porque mutila la realidad.

Pero esta polarización encuentra también en la pieza su síntesis; cuando los dos escritores aceptan que “el más loco de todos los locos” con “el más cojo de todos los cojos” tienen que unirse, que entregarse piernas y cabezas para fortalecer juntos a un solo hombre, un ente simbólico de un solo grupo, de un solo pueblo. Los dos actores, uno sobre los hombros del otro, ratifican este significado dando vueltas sobre el escenario y gritando: “¡Somos un solo hombre!”.

Ahora justifico lo de drama intelectual. Como se ha visto, la temática de la obra está tan íntimamente vinculada con antecedentes de rai-gambre histórico-literario que una de sus exigencias para un completo seguimiento es comprender cada una de las alusiones concretas y directas que la ficción hace a la realidad de los autores. Como, por ejemplo, cuando Palacio se queja: “Si mi novela no se hubiera perdido”, el pensamiento se nos va detrás de “Ojeras de Virgen” y lo lamentamos con él. La clave de la tensión dramática en este caso no es emotiva sino conceptual, aunque de ella se desprenda la trágica condición de dos hombres desiguales en la vida, minusválidos en su humanidad, pero enormes y fuertes en su talento y en su tarea. La polarización con que la crítica salvó la obra de Gallegos y sumió en el olvido la de Palacio, pesa demasiado en la mayor parte de la pieza aunque al final se intente una síntesis valedera.

Sin embargo, a pesar de las referencias (ésas, que los que conocemos la obra general de cada autor, nos gozamos en localizar) soy consciente que para que el mundo de la obra sea dramático “debe ser directamente vivido como tal” (Kayser), es decir, presentar una acción que ocurre solamente en el momento que se representa porque no tiene pretérito y que su contacto sea directo, sin las voces de intermediarios. En En esta casa de enfermos hay una estructura que corrobora su inten-

ción dramática: el choque de Palacios y Gallegos como individuos primero a través de sus diálogos, y como autores después al contemplar —representadas— una de sus obras que viene a testimoniar el tipo de literatura que produjeron para el Ecuador de la década del 30, para la posteridad que hoy las lee y las juzga.

De la interpretación de diálogos y obras va creciendo una sensación de “incompletud”, una necesidad de que se fusione lo que los escritores entregaron por separado. Al grito de “¡Somos un solo hombre!” la obra que tenemos frente a los ojos, el texto de Velasco resulta ser la respuesta que los personajes —y nosotros— estamos buscando. Al fin y al cabo, Jorge Velasco Mackenzie pertenece a una generación de escritores que se ha nutrido equilibradamente del valioso legado de los dos grandes narradores.

Uno de los mayores méritos de la pieza es la construcción de personajes. Sin duda aquí se cuele la experiencia de un gran manejador de seres reales, convincentes, como es Velasco. Las personalidades de Palacio y Gallegos están captadas en su hondura, en sus matices de conflictividad psicológica, en su propio fuego interior; Yo primera y Yo Segunda de “La doble y única mujer”, Miguel Saavedra y el Sapo de la Grecia de “Mataburro” representan excelentes síntesis de todo cuanto sus respectivos autores pusieron en ellos en las obras

originales. Por tanto, En esta casa de enfermos muestra al mismo tiempo a un creador de teatro y a un buen adaptador.

Como pieza de tendencia contemporánea, el recurso brechtiano no podía estar ausente. Ya mencioné que al final del Acto II, Palacio presenta su propia obra; lo mismo hace Gallegos al final del Acto V. Las siamesas confiesan: “Lo que estoy haciendo es afirmar a nuestros espectadores que existe en mí una dualidad; es decir, todos —personajes y espectadores— tenemos conciencia de que estamos en el teatro. Frente a la representación de la realidad. En la mimesis.

Para contestar la pregunta de Lessing con que abrí esta reflexión, Jorge Velasco Mackenzie ha entregado el primer aporte: un brillante texto dramático —aquello que ofrece la Literatura— que multiplica sus posibilidades de escritor abriendo el radio de sus incursiones (poesía, cuento, novela, crítica). La obra espera, exige, de otras iniciativas que hagan realidad aquella premisa que nos dice que el teatro es la más completa de las artes. Mientras tanto debe leerse, discutirse o, simplemente, conocerse.